

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 26 DE DICIEMBRE DE 1909

NÚMERO 104



DON PRIMITIVO

Sentado en un amplio sillón frailer, los codos apoyados en la mesa y entrelazados los dedos de entrambas manos, D. Primitivo nos explicaba con voz lenta y gangosa la lección de Historia Universal.

Más atención que al monótono recitado de la conspiración de Catilina, poníamos los alumnos en el gorro del disertante y no porque el

Ayuntamiento de Madrid

tal cubrecabezas otreciese nada de extraordinario, no; era un gorro vulgar y grasiento que le caía al buen señor de una manera lamentable y caricaturesca. Dentro de aquel gorro...

Pero no precipitemos los sucesos, que dicen los novelistas de folletín.

Había llegado D. Primitivo al momento culminante en que Cicerón, uno de los más grandes oradores del mundo, dirige á Catilina en el Senado romano la primera de sus cuatro famosísimas arengas que se designan con el nombre de "catilnarias".

Quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? (¿Hasta cuándo, en fin, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?)

Terminar el apóstrofe y resonar en la clase una múltiple y sonora carcajada todo fué uno y lo mismo.

Al pronunciar el "*patientia nostra*", D. Primitivo, acalorado tal vez por el esfuerzo realizado al recordar la oratoria ciceroniana, desenclavó los dedos de entrambas manos, y, mientras que con la siniestra sacaba del bolsillo de la bata un pañuelo, con la diestra quitábase el gorro...

Y apareció la calva y la frente del pobre señor como confiábamos nosotros que aparecieran, tiznadas escandalosamente de negro, y, por consecuencia, el resto de la fisonomía con un aire grotesco indescribible.

Ante aquella explosión de loca alegría quedóse el profesor estupefacto, llevóse el pañuelo á la frente y á la calva, y refregándose una y otra, bajó el lienzo por el rostro, sin duda para enjugarse el sudor y ocultar el estado de asombro inaudito que le producía la inopinada y escandalosa hilaridad de sus discípulos.

Apartó el pañuelo de la cara, y al percatarse de que la albura de aquél habíase trocado por arte mágica en negro de humo, trazó un gesto de sorpresa y de rabia, y nosotros, ¡angelitos de Dios!, que vimos á nuestro profesor convertido en un negro del Congo, redoblamos nuestras risotadas de un modo alarmante por su sonoridad y duración. Hubo caballerete que de tanto reír lloraba á lágrima viva.

* * *

D. Primitivo entróse en sus habitaciones reservadas y retornó á la clase pocos instantes después lavoteado, sin que hubiese en su calva ni en su rostro el menor asomo de carboncillo.

—Lo que acaban ustedes de hacer es vergonzoso; más aún, inicuo—dijo instalándose en el sillón y dirigiéndonos una mirada de airada protesta.—Como no quiero suponer que todos ustedes hayan tratado de burlarse de mí, que por razón del cargo que desempeño cerca de ustedes me deben guardar respetos y consideraciones, les ruego me indiquen quién ó quiénes son los que han realizado la fazaña (D. Primitivo era de los clásicos), para advertir á los deudos del ó de los que resulten culpables su expulsión de este colegio.

Ni chicos ni grandes, ni amigos ni enemigos dijimos esta boca es mía; en buena hora se diga, no había entre nosotros ningún soplón.

D. Primitivo, impaciente con nuestro continuado silencio, volvió á insistir en que designáramos á los autores de la negra aventura.

—Está bien, señoritos—dijo con calma aterradora.—Ya que ustedes callan, designaré yo al culpable. Señor Peláez, levántese usted.

Peláez era el más revoltoso de la clase y el inventor prodigioso de todas las burlas, enredos, embustes y trapisondas de la grey estudiantil; su fama le condenaba en esta ocasión, porque, á decir verdad, el pobre chico no tenía arte ni parte en el negocio. Por miedo y por cobardía, las cosas hay que decir las como son, todos permanecemos mudos, menos el interesado que, naturalmente, protestó de la acusación con voz temblorosa y la cara como un tomate.

—Recoja usted todo lo que tenga en su pupitre; queda usted expulsado del colegio. Daré cuenta por escrito á su señor padre de la vergonzosa conducta de usted.

Al oír tales palabras, Peláez rompió á llorar desconsoladamente, mientras que balbuceaba consternado:

—Pero... D. Primi...ti...vo... si yo... no... he... sido.

Entonces, hijos míos, ocurrió una cosa que á todos, incluso al propio maestro, nos dejó boquiabiertos de asombro y hondamente conmovidos. Gutiérrez, un chiquillón con cara de angelote y aire de no haber roto un plato en su vida, levantóse de su asiento, y encarándose con D. Primitivo y tendiendo la diestra hacia el acusado, dijo con varonil entereza:

—D. Primitivo, Peláez no tiene la culpa.

—¿No?—repuso el profesor estupefacto.

—No, señor; he sido yo, que antes que usted saliera á clase, cogí su gorro de la mesa y lo llené de carboncillo. Todos mis compañeros lo han visto...

Un murmullo confirmó la declaración de Gutiérrez.

—Si es así—murmuró D. Primitivo que se sentía emocionado,—ruego al señor Peláez perdone la injusta acusación que formulé contra él, guiado por su fama de revoltoso. Y bueno sería, hijos míos, que á propósito de lo ocurrido y basándome en el popular adagio "cobra buena fama y échate á dormir", os recite un apólogo. Antes, en gracia á la loable conducta seguida por el señor Gutiérrez, queda perdonado de su falta. Tengo la seguridad de que en lo sucesivo no dará ocasión para que me arrepienta de la benevolencia con que hoy le trato.

Volvieron á ocupar sus asientos Gutiérrez y Peláez, y con la atenta curiosidad de todos nosotros, D. Primitivo empezó su apólogo, diciéndonos:

—Eranse dos gatos que vivían en una misma casa de vecindad. Uno se llamaba *Lucero* y era un hermoso ejemplar de la raza de Angora; sus amos ocupaban el piso principal, y como tenían gran afecto por su felino, le cuidaban y mimaban hasta el punto de que en clase de gatos, *Lucero* era un aristócrata que llevaba una vida

muelle y regalona. En cambio, en la buhardilla trastera, *Rocamble*, el gato de un zapatero remendón, viejo ruin, sin familia, sin entrañas y sin dinero, pasábase los días en turbio y las noches en claro, sin tropezar en el zaquizamí de su dueño con una mala piltrafa.

A *Rocamble* atribuíanle en todas partes los hurtos del contenido de platos, cazuelas, pucheros y cacerolas, y más de una y de dos veces castigaron brutalmente con palos y escobas su avilantez de comerse lo ajeno contra la voluntad de su dueño. La fama de *Rocamble* no podía ser más tristemente célebre en todas las buhardillas aldeañas de la suya.

Ocurrió que una tarde el felino aristócrata, el señorito *Lucero*, quiso correr aventuras y abrir un paréntesis en su vivir de gato prócer, y astutamente subióse á los tejados y pasóse en ellos la mayor parte del día, hasta que, aquejado de hambre, metió el hocico en una cacerola puesta en el alféizar de la ventana de un sotabanco, y, sin andarse con remilgos, dióse hartazgo de piltrafas. Terminada la refacción, volvióse el señorito *Lucero* á sus lares, siendo recibido con grandes extremos de alegría.

Acertó á pasar, horas más tarde, *Rocamble* por aquellas cercanías, y cuando más descuidado iba el mísero morrongo, sintió que sobre sus escualidos lomos caía recia y brutalmente el palo de una escoba, mientras que la mujer que convertía tan prosaico utensilio en arma ofensiva, asomada al sotabanco, vociferaba temblorosa de ira: “¡Ladrón! ¡Granuja! ¡Toma, para que no vuelvas á comerte lo que no es tuyo...!”

Tal es el apólogo, hijos míos—terminó D. Primitivo.—No lo olvidéis nunca como yo le olvidé hace poco. En el caminar por el mundo ne debe uno juzgar por las apariencias; éstas engañan y muchas veces pagan justos por pecadores.

D. LARRU.



Ayuntamiento de Madrid



LA PRINCESITA

CONCLUSION

- DUQUE. ¿Y qué interés ha podido tener el doctor en alterar la hora?
- EST. Lo ignoro, señor duque, pero imagino que podrá ser por no tener que confesar que él andaba de noche por aquellos sitios.
- DUQUE. Voy viendo claro. Sigue siendo sincero. ¿A qué has ido á ese barrio?
- MARA. Eso debo yo declararlo.
- DUQUE. ¿Tú?
- MARA. Yo, señor duque, porque Estebanillo fué á mi casa á llevar socorros á mi pobre padre.
- DUQUE. ¿Y cómo conocías tú (á Estebanillo) al padre de esta niña?
- MARA. No le conocía, señor. Oyó un día mis quejidos, porque me había torcido un pie junto al foso del Alcázar; le conté que mi padre estaba enfermo de resultas de una caída, y que no tenía con qué atenderle y él me acompañó y vino á mi casa y vió lo que pasaba y luego ha vuelto dos veces á socorrernos.
- DUQUE. Noble y santa es la intención. ¿Pero cómo no reparaste que el medio de llevarla á cabo era expuesto y que te podría castigar por salir escapado de Palacio?
- EST. Sí que lo reparé y tuve miedo del castigo, pero...
- DUQUE. ¿Pero qué?
- EST. Pero pensé que aquella desgracia era más grande que mi miedo, y que el bien que podía hacer me consolaría del castigo.
- DUQUE. (*Sin poderse contener.*) Muy bien. Es decir... Muy bien me parece que seas franco y confieses tus culpas.
- EST. Culpas para todos menos para vucencia
- DUQUE. ¿Qué dices, chiquillo?
- EST. La verdad. (*Dirigiéndose á Maravilla.*) No creas que el señor duque mira mal lo que yo he hecho.
- DUQUE. ¿Cómo se entiende?

EST. (*Arrodillándose.*) Perdonad, mi excelente protector; si creéis que se me debe castigar para que no digan en Palacio que mi falta queda sin castigo, yo lo sufriré resignado; pero dejadme creer que en el fondo de vuestro corazón, valiente y generoso, aprobáis lo hecho. ¿No habiérais hecho lo mismo en mi caso?

DUQUE. Demontre de chiquillo.
¿Cómo me conocí?

EST. ¿No habéis hecho muchas caridades verdaderamente heroicas cuando la última peste?

DUQUE. Calla, calla, parlanchín.

ESCENA FINAL

DICHOS, LA PRINCESA, LA MARQUESA, EL DOCTOR, DAMAS, NOBLES Y ACOMPAÑAMIENTO.

PRIN. Llegad, venid todos, que quiero que me deis vuestra opinión. ¿Conocéis la canción nueva *Los dos pescadores*? Silencio y escuchad. (*Toma la princesa la pandeleta de manos de Maravilla y canta*):

El cielo se encapota
y sopla el vendaval,
la mar está revuelta.

¿Adónde vas?

Pescador, el peligro amenaza.

¡Vuélvete atrás!

No me importa el peligro
á la necesidad,
quien no se aventura
no pasa la mar.

Rompió la frágil barca
la horrible tempestad,
y el pescador sin fuerzas
nadaba ya.

Uu grumete de un barco al
[mirar!]

se lanza al mar.

Todos ven que sucumbe
por quererle salvar.

¡Mas Dios los protege, y
[salvos

y salvos están!

Grumete valiente,
el rey premiará
los nobles impulsos
de tu caridad.

y en tu escudo pondrán como
[lema:

“Quien no se aventura
no pasa la mar.”

TOD. ¡Admirable, bravísimo!

MARQ. ¡Qué voz! ¡Qué sentimiento!

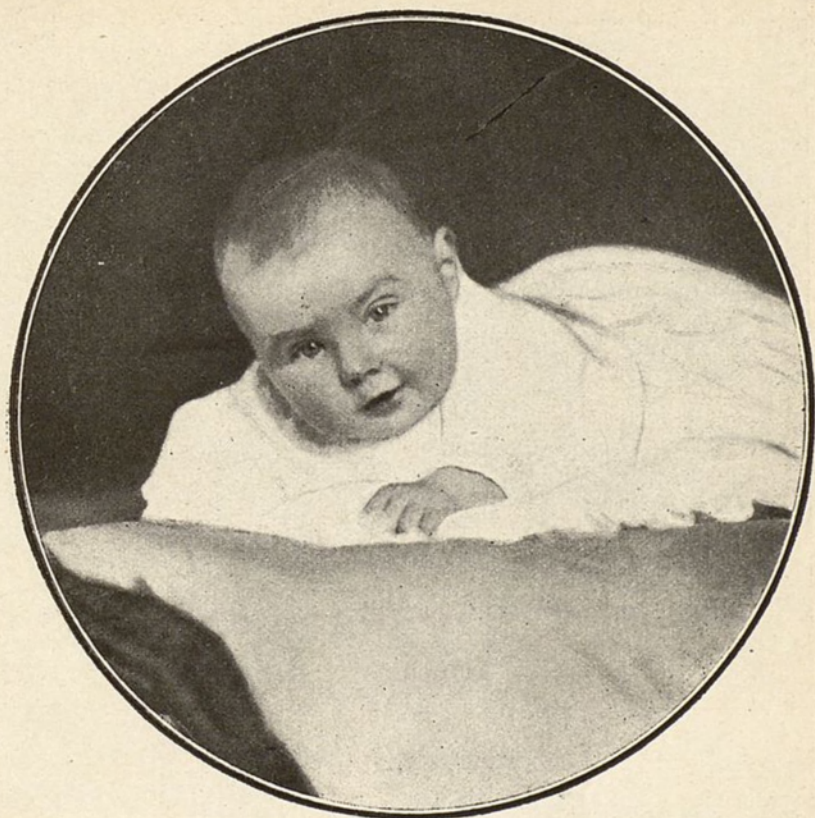
DUQUE. ¡Es Vuestra Alteza una cantante consumada. (*Un paje entrega un pliego á la princesa.*)

PRIN. Una orden del rey. Escuchad, señores. “Queriendo recompensar los servicios de un capitán ilustre en la persona de su hijo, cuyo corazón ha dado gallarda muestra de que es digno hijo de su noble padre, le hago merced del título de vizconde de Guzmán.” ¿Sabéis de quién se trata? De Estebanillo, como antes le llamábamos; de D. Esteban de Guzmán, mi gentil hombre. (*Todos se inclinan. Suenan vivas y aclamaciones á lo lejos.*) ¿Qué ocurre?

DUQUE. (*Que ha ido á la verja del jardín.*) Son los del barrio de los gitanos que vitorean
Vuestra Alteza y al rey
y los llaman padres de los pobres.

PREC. Y éste es el fin de la historia de la caridad valiente.

FIN



LA PRINCESA JULIANA

Este es el primer retrato de la princesita Juliana, la heredera del trono de Holanda, que se publica por el mundo.

Su madre, la reina Guillermina, se ha apresurado á darla á conocer, con el legítimo orgullo de madre y de patriota; pues ella, como todos sus súbditos, deseaban asegurar la sucesión al trono. Por eso el nacimiento de esta princesita fué un acontecimiento y su bautizo una fiesta llena de verdadera ternura. Y todos los holandeses imploraron del cielo que velara por aquella linda criatura que continuará, en su día, la historia de su pueblo.

La princesita Juliana aparece en el retrato con la viveza y las alegrías propias de su edad. Pero llegará un tiempo en que, á más los cuidados naturales en todo ser humano, sentirá los que le imponga su condición de Reina; es decir, de madre de un pueblo.



DESPUES DE LA FIESTA. CUADRO DE GEROME

El artista ha evocado en este cuadro el horror de las antiguas fiestas del Circo romano, celebradas bajo la presidencia de los emperadores. He aquí los servidores del César encerrando á las fieras ya satisfechas y hartas

de carne. Sobre la arena reposan los cuernos despedazados de los cristianos, que por confesar su fe sufrieron el martirio, y sobre los cuales parece flotar la aureola de los santos y el nimbo de los mártires.



FABULAS ESCOGIDAS

LA PERDIZ Y EL CONEJO

*Quien mal consejo da, mas con fe buena,
sufrir no debe por el daño pena.*

Siguiendo unos lebreles á un conejo
dijole una perdiz: "Toma esa senda;
en el llano te quitan el pellejo
y sirves á sus amos de merienda..."

No vaciles y sigue mi consejo,
porque cubre tus ojos una venda;
si por la cresta de esos montes sales
encontrarás ya espesos matorrales."

El conejo, sintiendo ya cercanas
las pisadas de un galgo, pica espuelas
para salir sus esperanzas vanas,
porque á un profundo precipicio vuela.

¡ Ah! ¡ Por librarte del lebrél te afanas
y anticipas tu fin...! Esto revela
*que huyes, hombre, del mal, y muchas veces
te lanzas al abismo en que pereces.*

EL MONO Y EL MICO

Dictando un mono á un mico secretario
le dijo: "Este despacho es necesario
y urge el tiempo; te encargo, pues, en suma,
que ande sobre el papel lista la pluma."

Aún la taquigrafía
poco para tal priesa parecía.

Concluído ya el papel, todo confuso
la tinta en vez de la arenilla puso;
que tan por puntos despachar quisiera
que el tintero sirvió de salvadera.

"Esta—imitando al rey Carlos Tercero,
dijo—es la salvadera, éste el tintero;

y tenga bien presente,
cuando llevare urgencia el escribiente,
*que quien antes de obrar piensa un momento,
gana tiempo, su calma es movimiento."*

EL BARON DE ANDILLA.



RELATOS DE CAZA

EL ESPEJUELO INUTIL

Andaba el sol á la zaga de la riente aurora, próximo ya á coronar los picachos de la oriental montaña y á descender por sus gigantes cos flancos á la llanura, cuando Pedro, colocado el espejuelo al pie de una roca que miraba al campo, se reunió con su compañero Juan, que, escopeta en mano, aguardaba á las sonoras alondras. Ya estaban los pajarillos despiertos y cantando desde que vieron los primeros vislumbres del naciente día. Puestos en las ramitas de los arbustos decían adiós á la noche, á las tinieblas, amigas de la traición, y á la pálida estrella matutina; así es que, en cuanto salió el sol, fué recibido con el más grato concierto que puede imaginarse. Hasta Pedro y Juan le acogieron con sendos suspiros de satisfacción. El primero empezó á tirar de los bramantes que agitaban el espejuelo y el segundo preparó la escopeta, relamiéndose de gusto sólo con pensar cuántas alondras caerían heridas y muertas por su plomo.

A los rayos del sol que sobre el espejuelo caían contestaba éste con tales destellos y vislumbres que bien pudiera pasar á alguna distancia por una pocita llena de agua límpida y transparente. Así lo entendieron las inocentes avecillas, engañadas por las apariencias, pues vióselas avanzar desde la llanura en alegres y piadores bandos como si acudieran al asalto de la montaña; pero los cazadores notaron, con la natural sorpresa, que, cuando llegaban á las inmediaciones del espejo, se

pararon en el aire sin dejar de aletear y, después de vacilar unos momentos, unas tornaron á precipitarse sobre la llanura y otras huyeron perdiéndose entre las rocas ó las encinas cercanas.

—¡Dijérase que hemos puesto un espantajo!—gruñó Juan dejando la escopeta en el suelo.

—¡Es raro, muy raro!—musitó Pedro moviendo los bramantes.—¿Pero hay que tener calma... Otro bando vendrá...

Y no fué uno solo, sino diez ú once bandos los que acudieron y repitieron la extraña maniobra. Las doce de la mañana sonaron el reloj de la cercana aldea y, como el sol calentaba más de lo conveniente, los cazadores, mustios y cariacontecidos, determinaron marcharse.

—¡Hoy hemos pisado mala hierba!—dijo Pedro.



—¡O has puesto mal la trampa!—contestó Juan.

Pero se acercaron al espejuelo y vieron que estaba colocado con todas las reglas del arte, lo cual fué para ellos nuevo motivo de pasmo y confusión. Ya se disponían á encaminarse á la aldea cuando, echado á la sombra de la cercana roca, contemplaron al tío *Pujitos* que leía un periódico. Entonces lo comprendieron todo. Lo llamaron, iracundos, pero él, sin darse por aludido, se les incorporó, diciéndoles:

—¡Está la cosa que arde! Vamos camino de la...

—¡Los espantapájaros sí que debían arder hasta los huesos!—exclamaron los cazadores interrumpiéndole en el *initium* de su política arenga...

JOSE A. LUENGO.

CRISTOBAL DE ROJAS

Después de Pedro Navarro, que inventó las minas de ataque, apareció, para honra de España y de las ciencias militares, *el ingeniero del Rey*, Cristóbal de Rojas, héroe cuya vida es más meritoria que conocida, natural de Toledo y descendiente de los primeros señores de Bureba.



Según la tradición, estudió en la Universidad de la ciudad imperial, educándose bajo la dirección del sabio Alonso Cerdillo; ejercitando luego sus grandes conocimientos a l lado de Juan Herrera en la construcción del monasterio de El Escorial, en cuyas obras se halló hasta que fueron concluidas.

En busca de porvenir marchó á Sevilla y en ella logró fama y cargo de maestro mayor de fábricas de la ciudad, tomando parte en la edificación de la Lonja, Aduana,

Casa de Moneda y en la del Hospital de Sangre.

Con tales prestigios, ganados á fuerza de laboriosidad, alcanzó la misión de pasar comisionado á Pamplona para informar acerca de la solidez de los cimientos de aquella plaza, cuyo dictamen mereció tanto elogio de los entendidos que se le destinó como ingeniero mayor de la fortificación de Cádiz, y luego que levantó el plano de la bahía gaditana, técnico de la expedición que operaba en Bretaña á las órdenes de

D. Juan de Aguila, ganandose en ella el favor de Felipe II, que admirado de su entendimiento, le encargó hiciera y ejecutara el proyecto que presentó de fuerte en El León, en la península de Crezon.

Dado de baja en el ejército de Bretaña, se trasladó á Cádiz, á poco de haber sido saqueada por los ingleses en 1596, y al contemplar que por falta de defensas era siempre posible todo desembarco de enemigos, dió principio á amurallar la ciudad, trazando no sólo los baluartes provisionales, sino el proyecto de los que debían hacerse con carácter definitivo. Estas gallardas muestras de saber y patriotismo determinaron al Rey á que Rojas marchara á Ceuta, Gibraltar y Tarifa, para que estudiara lo que exigían las necesidades y el peligro que constantemente corría la seguridad de tan importantes plazas.

La opinión iba cada vez dando mayor grandeza al nombre del ingeniero, y como le apoyaban el príncipe Doria y el de Eboli, el Rey, después de mandar examinar detenidamente los planos y trazos de su ingeniero, aprobó como buenos los que sometió á juicio sobre Gibraltar y Cádiz en 1598.

Cuando las obras que le encargaba el Monarca dejaban tiempo á Rojas para meditar y hacer estudios, lo aprovechaba con el objeto de dar término á la suya sobre *Teoría y práctica de fortificación*, libro que vió la publicidad en Madrid el año antes citado y que conquistó todos los aplausos y la alabanza poética de Lupericio Leonardo.

Las amenazas de los ingleses á nuestras costas con una escuadra formidable, dieron lugar á que Felipe III ordenase la salida de su armada en persecución de la enemiga y á que Rojas dejase todos los trabajos comenzados en pro de la defensa del litoral español del Sur para que, embarcado en aquella, pasara á La Coruña y á Lisboa é hiciera en dichas poblaciones estudios de carácter militar.

Terminada brillantemente la ocupación que le alejó de Cádiz, volvió á esta ciudad y renovó su empresa, pero, como siempre sucede en España, tuvo que suspenderla por falta de dinero en 1601.

Nunca faltan enemigos á los hombres de valía, y Rojas, como todos los mortales, encontró en su camino á un Spanochi y á un duque de Medina Sidonia que, en vez de rendirle el homenaje que su ciencia y laboriosidad merecían, se congratularon en hacerle odioso ante la corte, hasta el punto de obtener del Rey que desapareciera la plaza de ingeniero mayor. Desengañado de los hombres, distrajo sus penas escribiendo el *Sumario de la milicia antigua y moderna*, gestionando á la par su reposición, que por orden del Rey fué hecha en 1607.

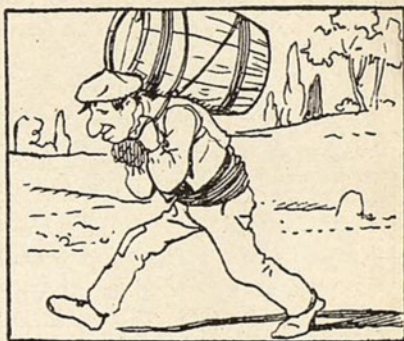
Alcanzada su justísima pretensión, da comienzo en Mómora la fortaleza llamada Felipe III, no sin sufrir todos los enojos de sus envidiosos, los cuales no podían soportar la protección que la Corona le dispensaba. Cuando con mayor entusiasmo cumplía la voluntad regia, cayó malo y se trasladó á Cádiz, muriendo á la hora de estar en su casa, el 12 de Octubre de 1614. Tuvo tanta ciencia como actividad, y su gloria no es menor que la alcanzada por otros varones dignos de memoria.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.

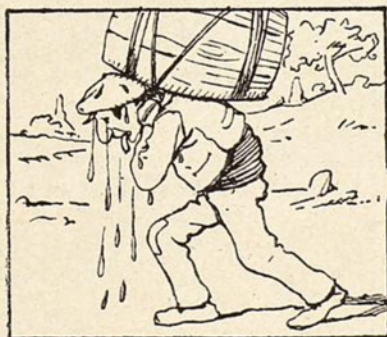
UN ENCARGO BIEN CUMPLIDO



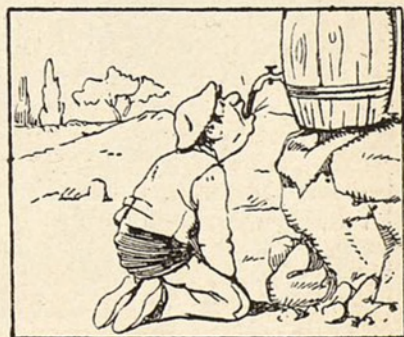
Juan, el tabernero, encargó á su criado Simplicio la conducción de una cuba á un pueblo inmediato.



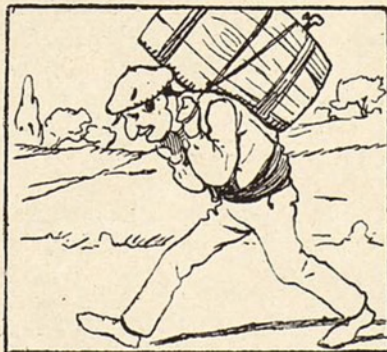
La del alba sería cuando el fiel servidor salía con su pesada y preciosa carga carretera adelante.



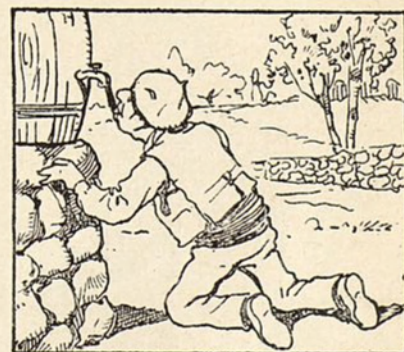
Al poco rato, el peso excesivo le rinde y el pobre Simplicio suda la gota gorda.



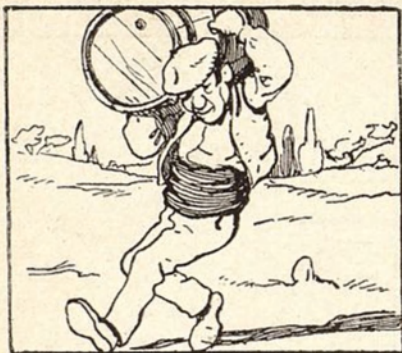
Para reponer las fuerzas perdidas, descansa un poco y se toma un trago de vino ¡súper!



Vuelve á cargar con la cuba y emprende de nuevo la larga y fatigosa caminata.



Pero, cansado de nuevo, repite la suerte del descanso y el trago, tomándolo más largo que el primero



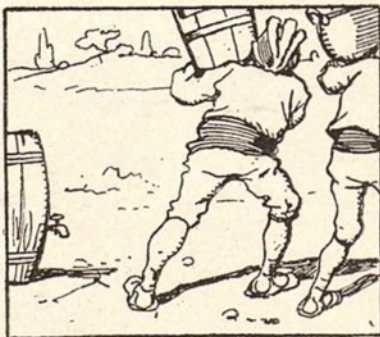
Al empezar á andar otra vez, ve con asombro que ya no podía con la cuba... ni con los pies.



Por lo que decide fumar un cigarro tranquilamente sentado á la sombra de un pino.



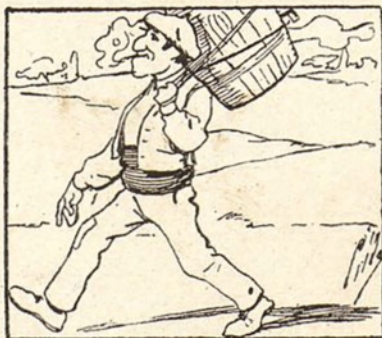
Se duerme, y unos pastores que lo vieron, con cubos y peroles empezaron á trasegarle el vino.



Marchándose contentos después de dejarle sin una gota del riquísimo tintillo.



Algunas horas después, tras un sueño reparador, se prepara de nuevo á continuar su ruta.



Pensando mientras andaba: "¡Lo que es el descanso; ahora llevo la cuba como si estuviese vacía!"